



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## IMPRESIONES DE VIAJE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNA PALABRA POR OTRA.

La primer cosa que vimos al salir de la posada de la Corona para dar un paseo por la ciudad, fué la estatua de Arnolfo Winkelried teniendo contra el pecho las lanzas que le atravesaron. El sacrificio de este mártir es uno de los bellos y grandes recuerdos de la Suiza, que no se ha negado jamás. Leopoldo de Austria, hijo del duque que habia sido batido en Morgarten, habia jurado vengar la derrota paternal. Habia llamado á sí para aquella cruzada de despotismo á toda la grande nobleza, y se habia puesto á su cabeza. Su vanguardia estaba mandada por el baron de Reinach que la dirigia subido en un carro cargado de cuerdas, gritando á los habitantes que antes de ponerse el sol cada uno tendria una al cuello. Entre este ejército iba un cuerpo de sega-

dores, no para combatir sino para destruir las mieses de los campos, y deteniéndose en las aldeas á la hora en que descansaban los labriegos, se hacian traer la comida de los segadores. Sin embargo, al llegar á Simpach tardaron en traerles el almuerzo, y entonces lo pidieron otra vez con amenazas. Paciencia, les respondió aquel á quien se lo pedian: ahora lo traen los de Lucerna. En efecto, en aquel momento se veia á los Lucerneses bajar por el camino de Adewil para reunirse con sus hermanos de Schwitz, de Uri, de Unterwalden, de Zug y de Gláris, que los aguardaban en un campo rodeado de fosos y resguardado por la espalda por la montaña y los recibieron con grandes gritos de alegría.

Entonces vió Leopoldo que habia llegado el momento de dar la batalla, y queriendo saber con qué hombres tenia que habérselas, envió para examinarlos un capitán viejo y valiente, llamado el conde de Haremburgo. Adelantóse este hasta los fosos del campamento, y cual si los Suizos estuviesen seguros del resultado, le dejaron examinar á su placer la fuerza numérica y sus medios de ataque y defensa.

Aquella tranquila confianza asustó mas al conde que una estrepitosa demostracion de guerra. Volvió lentamente á su campó, donde Leopoldo le esperaba á caballo, cubierto de sus arneses de guerra, excepto la cabeza en que no tenia el casco todavía. Tenia cerca de él tambien á caballo y con sus hábitos eclesiásticos, el dean del cabildo de Strasburgo. Interrogado por su señor, el conde de Haremburgo respondió que creia seria bueno aguardar un refuerzo, y que aquellas gentes que se creian tan despreciables, le parecian resueltos y muy ter-

ribles. « ¡Corazon de liebre! » dijo con desden el prelado, y volviéndose á Leopoldo: « Monseñor, le dijo, ¿ cómo quereis que os haga servir esos villanos? ¿ cocidos ó asados? escóged. »

A este tiempo vió llegar el duque un nuevo consejero; era su bufon; era de Uri, y habia obtenido de su amo una licencia para ir á ver á sus compatriotas. Habia sido testigo de la salida de los Suizos de su canton y del entusiasmo y el juramento que habian hecho de morir todos hasta el último, si preciso era, por defender la sagrada herencia de sus padres. Fué del mismo parecer que el conde de Haremburgo y suplicó al príncipe que no se diese la batalla; pero una nueva chanzoneta del prelado fué mas fuerte que todas las consideraciones de la prudencia. Leopoldo pidió su casco, lo colocó sobre su cabeza y gritó: — ¡ *Marchemos!*

Apenas los Suizos hubieron visto en camino á los Austríacos, salieron de su campamento y marcharon á su encuentro. Los dos ejércitos, el uno fuerte con cuatro mil caballeros perfectamente armados, y el otro de mil trescientos aldeanos sin corazas, se pararon á un tiro de ballesta uno de otro.

Los segadores se habian derramado por la falda de la montaña, y habian comenzado cantando su obra de destruccion.

El terreno sobre que iba á trabarse el combate era desigual y pedregoso y estaba cerrado entre el lago y la falda de la montaña, desventajoso para que pudiese maniobrar la caballería. El duque mandó á su nobleza echar pié á tierra: su gendarmería hizo otro tanto; entonces se bajó del caballo el mismo duque, y se colocó en las primeras filas: muchos quisieron hacerle montar á caballo y que

tomase un puesto menos peligroso; uno de ellos fué el anciano conde de Haremburgo; pero el duque les impuso silencio diciendo: combato por mis derechos y por mi herencia: «No quiera Dios que perezcais vosotros y que viva yo feliz. Para todos nosotros el bien y el mal, para todos la misma muerte ó la misma victoria.»

Los dos ejércitos hicieron entonces un nuevo y mismo movimiento para aproximarse; pero por medio de una maniobra diferente, los caballeros austriacos marcharon de frente con lanzas en ristre impeliendo delante de ellos aquella muralla; los Suizos por el contrario, según su costumbre, formaron un triángulo y empujaron uno de sus ángulos vivientes contra el batallón que querían romper, pero mal protegidos por sus armas defensivas y no llevando por ofensivas más que unas alabardas cortas, cuya longitud era una tercera parte menor que la de las lanzas austriacas, no pudieron romper el muro de hombres que les presentaban sus enemigos. En vano volvieron dos veces á la carga. En vano la segunda vez se puso á la cabeza Pedro de Goldennigen con la bandera del cantón; Pedro de Goldennigen cayó estrechando entre sus brazos el estandarte que no pudieron arrancarle, y que aun se puede ver tinto en su sangre en las casas consistoriales de Lucerna. Entonces fué cuando Arnolfo de Winkelried que llevaba coraza, y uno de los jefes, se quitó la armadura, montó sobre un caballo, se puso á la cabeza del obstinado triángulo, que volvió á la carga por tercera vez, y que por vez tercera se encontró con la incontrastable barrera de hierro contra la cual habían encontrado la muerte ya cincuenta confederados. Inmediatamente ha-

biendo arrojado su espada extendió los brazos, abarcó en ellos una porción de lanzas, y reuniéndolas sobre su pecho se dejó caer con todo su peso sobre las puntas. Esta caída abrió brecha para los suyos, y el ángulo penetró cual el hacha en una encina. Desde entonces los Austriacos se vieron embarazados para pelear por la misma longitud de sus lanzas, y los Suizos con sus espadas cortas y con sus pequeñas alabardas llevaban toda la ventaja en un combate que se hacía cuerpo á cuerpo. Bien vió el conde de Haremburgo que todo estaba perdido, pero intentó hacer un último esfuerzo, y corriendo hácia la montaña en donde estaban los segadores, los llamó para llevarlos á otra siega, y poniéndose á su cabeza él mismo con una hoz les dió el ejemplo entrando en un campo de hombres tan apiñado de espigas.

Aquel ataque imprevisto, el arma extraña con que se hacía, el valor del anciano guerrero que lo dirigía, todo arrojó el terror por un momento en las filas de los Suizos. El duque aprovechó aquel momento, y viendo por un claro que acababa de abrirse, que la bandera de Austria iba á caer en poder de los confederados, se precipitó hácia ella, llegó en el momento en que acababa de caer el oficial que la llevaba, y se la cogió de sus moribundas manos; en el momento todos los esfuerzos se volvieron contra él, y antes que los señores de su comitiva llegasen en su auxilio, ya había caído lleno de heridas, sujetando con los dientes y las manos, los jirones de su bandera que no había soltado sino con la vida.

Al lado del duque cayeron seiscientos setenta y seis caballeros, de los cuales trescientos cincuenta

llevaban el casco coronado. El cadáver del duque fué transportado á la abadía de Kœnigsfelden en el mismo carro donde iba subido el baron de Reina ch, que aun estaba lleno de las cuerdas que debian amarrar aquellos mismos aldeanos que le habian vencido.

Cerca de la estatua de Winkelried, que consagra este gran recuerdo, se levanta la iglesia de Stanz, que trae á la memoria un combate mas moderno y no menos encarnizado. En 1798 los soldados franceses atacaron el Unterwalden : Stanz resistió con encarnizamiento : fueron vencidos los Suizos, dejaron el campo de batalla en medio del que se elevaba la capilla de Winkelried, cubierto de muertos, entre los cuales se hallaron diez y siete doncellas, que habian combatido con sus hermanos y sus amantes, y se refugiaron en la iglesia llena de mueres y ancianos; pero aquella débil fortaleza fué bien pronto tomada; los Franceses, á pesar del vivo fuego que se les hacia desde dentro, penetraron en ella, y á la primera descarga que hicieron cayó el sacerdote que elevaba al cielo la hostia santa, atravesado el pecho con una bala que hizo en el altar un agujero que todavía existe. El mártir modern se llamaba Wisler Lusen.

Detrás de la iglesia hay una capilla edificada en el mismo sitio donde se enterraron los muertos, en número de cuatrocientos catorce, entre los cuales habia ciento y dos mujeres, y veinte y cinco niños. En ella se ha puesto esta inscripcion :

DEN ERSCHLAGEMEN FROMMEN UNTERWALDEN, VON  
173 VON IHRER EDELDEKEN UND VERVADEN GE-  
VIDME.

*Dedicada á las piadosas victimas de la matanza de Unterwalden, por ciento setenta y tres de sus amigos y parientes.*

Fuimos á hacer una última visita á la capilla de Winkelried y nos pusimos en camino para Sarnen, á donde llegamos á las dos de la tarde.

Al venir habíamos dejado á la izquierda el camino de Wil, por el que se va á Wolfranchiess, patria de Conrado de Baumgarten, donde se verificó la aventura trágica del baño. Como de este recuerdo no queda mas que el recuerdo mismo, no creimos necesario incomodarnos para ir á buscar en la tradición los detalles que ha conservado la historia. Por otra parte Sarnen los tiene tan importantes ó mas, pues á la cima del monte que domina á la población estaba el castilló de Landenberg, que fué sorprendido por los aldeanos que fingian llevar regalos, el dia 1º de enero de 1308, y en el centro de la villa está la casa de Mr. Land-Weilbel, construida en el mismo punto donde sacaron los ojos al anciano Mechtal.

Mientras la visitábamos oímos algunos tiros disparados regularmente : y al instante recordé que era domingo y que en Suiza una de las mas grandes diversiones de aquel dia es el tiro de escopeta. Habia oido celebrar mucho á los tiradores de Entlibuch y de Mechtal, y tenia deseos de ver por mis propios ojos si era justa su celebridad. Envié á Francesco á buscar mi carabina y le encargué me la llevase al tiro, donde yo le esperaba.

No me fué difícil encontrar mi camino; los mismos disparos me guiaban, y á los diez minutos me hallaba ya en la carrera de los tiradores. Delante

de ellos á trescientos pasos de distancia, en el mismo pié del monte estaba el blanco, y cerca de este, una cabañita en donde se escondía el encargado de marcar el punto del círculo donde había dado el tiro, y de tapar el agujero con un pedazo de madera que embutía con un martillo.

Al verme me saludaron los tiradores con la política propia de los Suizos, y tuve necesidad de rogarles que no se incomodasen, y que continuasen su ejercicio. Me aproximé á ellos, y como yo mirase con mucho interés el blanco de cada tiro, uno que acababa de cargar su escopeta me la ofreció. Lo que yo había visto de su destreza me daba esperanza de luchar ventajosamente con ellos. Sobre tres tiros el que mas se había acercado al centro se había quedado á seis pulgadas de él, y por poco que valiese el arma que me ofrecían, estaba seguro de hacerlos tan bien como ellos.

Antes de servirme del arma que acababan de darme quise examinarla, pero en el momento en que iba á mover el gatillo, el tirador á quien pertenecía, me puso la mano en el brazo para impedírmelo. Como yo no comprendía su intención, pregunté en francés si había en aquella honrosa reunión quien supiese hablar italiano ó inglés; entonces un hombre de Linthal que se encontraba casualmente, y que entre los grisonos había aprendido algunas palabras del patuá milanés, trató de hacerme entender que el gatillo era tan suave que en el momento en que pusiese el dedo encima saldría el tiro. Como la conversación se prolongaba, y todos tenían clavados los ojos en mí, abrevié echándome la escopeta al hombro. Entonces advertí que estaba cubierto el rastrillo con un saquito de

piel, y como yo no comprendiese de qué podía servir, quise quitarlo; pero el tirador me puso de nuevo la mano en el brazo explicándome en su mal alemán, de que yo no comprendía ni una palabra, la utilidad de aquel pequeño utensilio. Cuando hubo terminado, mi hombre de Linthal empezó á traducirme la recomendación en mal italiano. Como yo no comprendía ni el uno ni el otro, y me veía como Mr. de Pourceaugnac entre sus dos médicos, respondí en alemán á uno: *Ser gütl*, y en italiano al otro: *Va bene*. Metí el saquito de cuero en el bolsillo de mi chaleco, me abotoné la blusa, y me dispuse para tirar.

Apenas había echado mano al gatillo cuando ya había salido el tiro: la bala pasó á lo menos á treinta piés por cima del blanco. El hombre de la cabaña que no podía adivinar lo que me había sucedido, ni tampoco que fuese yo el que había tirado, salió de su escondite, y fué á buscar en el blanco el golpe que se había guardado muy bien de dar allí; pero como no lo halló volvió la espalda á los tiradores, y para el torpe tirador hizo una mueca que me hizo sentir el no tener en la escopeta una carga de perdigones. Aquella demostración fué acogida con aplausos y risas de la muchedumbre.

Una burla, de cualquiera parte que venga, es siempre una cosa muy pesada para el que la recibe, y mas humillante, sobre todo, si se le hace en medio de gentes de una condición inferior, y en un país cuya lengua no se comprende, pues no se puede devolver chanza por chanza. Me separé para hacer lugar á otro tirador, mordéndome los labios, y examinaba la escopeta que tan mala jugada me había hecho, cuando se me acercó mi hombre de

Linthal, que habia seguido con interés todos mis movimientos y parecia haberme tomado bajo su proteccion. Llevóme á un lado y viendo que debia sustituir el gesto á la palabra, arrojé la escopeta que tan mal me habia servido, y soplando sobre el gatillo, solo con el soplo la descargó.

Entonces comprendí cuán finas eran aquellas armas, y que nada hay comparable á las escopetas de tiro suizas, y que para facilitar la destreza, no hay mas que tocar con el dedo ligeramente para dispararlas. Cuando conoció que ya principiaba á entenderle, me acompañó hasta cerca del que iba á tirar, y ví que el rastrillo de su escopeta estaba cubierto tambien con un saquito como el que tenia yo en el bolsillo. Hizo una seña al que estaba inmediato, lo levantó: partió el tiro casi al mismo instante, y fué á dar á un pié del centro en el blanco. El hombre burlon de la cabañita volvió á salir, é hizo un saludo muy expresivo al que acababa de dar aquella prueba de habilidad, y se volvió á su barraca.

— *Avete capito?* me dijo mi protector.

— ¡Pardiez! lo he comprendido. Perfectamente. El saquito de cuero sirve para impedir que salga el tiro si por ventura se dispara sin quererlo, y si yo hubiese dejado atar el mio en vez de metérmelo en el bolsillo como un imbécil que soy, el tiro no hubiera salido antes de tiempo, ni pasado por la humillacion de ver que un suizo se burlase...

— *Va bene, va bene,* respondió mi hombre, *voi avete capito.*

— ¡Perfectamente! Vámonos á empezar. Ahí está vuestro saquito, colocadlo en su lugar y no lo quiteis hasta que yo os dé la seña.

— *Siete sicuri.*

— Muy bien; carguemos otra vez.

Yo quise ayudarle en esta operacion, pero me dió á entender que era de demasiada importancia para abandonar el menor detalle á una mano profana. En efecto, comenzó por limpiar el oido con una pajita, despues tomó la pólvora necesaria contando literalmente los granos uno á uno, que debian componer la carga, echó despues un taco de cuero, pasó por el cañon un trapo grasiento, é hizo entrar la bala atacándola con un matico: despues sacó la pajita del oido, y colocando el saquito sobre el rastrillo me devolvió la escopeta.

Es una cosa muy rara que nada puede predominar á la cuestion de amor propio. Me encontraba en medio de una reunion de aldeanos cuya opinion debia serme tanto mas indiferente, cuanto que ninguno de ellos sabia mi nombre ni mi pais, é importábame muy poco el recuerdo de mi destreza ó torpeza que allí dejase. Sin embargo, cuando me acerqué á la carrera donde se tiraba, el corazon me palpitaba cual en los primeros tiempos de mi carrera dramática cuando oia en una primera representacion la seña para alzar el telon.

Habia un gran silencio y nadie se cuidaba de sí, para pensar en mí únicamente y para ver lo que haria. Habian visto que uno de los mas afamados tiradores de la comarca me habia prestado su arma, despues de habernos hablado algunas palabras en lengua extranjera; habian visto tambien la atencion que habia puesto en la carga de la escopeta, lo que era prueba de que no seria carga perdida: en fin, en el modo con que cogí la escopeta, vieron que me era familiar.

Desde entonces era evidente que el primer tiro se me había ido, lo que equivalía á no haber tirado, y aguardaron el segundo para juzgar.

Así tomé todas las precauciones necesarias: aparté del hombro todo lo que podía impedir que la culata encajase bien en él, elegí la línea de abajo á alto, y colocado delante del blanco céntrico, hice señal de que quitasen el saquito, y cuando estuve seguro de mi puntería apenas hube tocado el gatillo, salió el tiro, pero esta vez estaba tranquilo. Coloqué mi escopeta descansando sobre ella y me quedé esperando.

El hombre de la barraca salió de su escondite, miró el blanco, y tomando una bandera que estaba oculta detrás de él y volviéndola hácia nosotros, la agitó tres ó cuatro veces en señal de homenaje y saludo. En aquel momento todos aplaudieron palmoteando, y mi fiador me tocó en el hombro.

— ¿Qué hay?

— Habcis dado en el centro.

— ¿De veras?

— Palabra de honor.

Miré en torno mio, y en los ojos de todos ví que era verdad. En aquel momento llegó Francesco con mi carabina.

— Toma, le dije, *vé y dá* este *thaller* á aquel que apunta los tiros y en cambio del blanco que me traerás.

Francesco obedeció, en tanto los tiradores me rodeaban para examinar mi carabina, hermosa arma de Lefauchaux, arreglada por Deverníe, que se cargaba por la culata. Esta nueva invencion les era enteramente desconocida, de modo que no podian comprender el mecanismo de su construccion, la

examinaban con toda la atencion de aficionados. Lo que mas les daba que hacer era lo corto del cañon, y no podian creer que tuviese mucho alcance. Entonces metí en el cañon un cartucho, y apuntando rápidamente á un pino aislado que se alzaba á doble distancia que el blanco, hice fuego.

Ni un tirador se quedó allí, todos echaron á correr para ver el resultado de un tiro que ellos dudaban que pudiese alcanzar tan lejos, saliendo de un cañon de siete pulgadas. El primero que llegó cerca del pino dió un grito que fué repetido por todos, la bala habia entrado dentro del tronco mas de una pulgada, en términos que en el agujero que habia hecho entraba pulgada y media de baqueta. Durante este tiempo volvió Francesco por otro lado trayéndome el blanco, desconchado por la bala.

Este incidente interrumpió el ejercicio: mi carabina causaba la admiracion de toda aquella gente, y casi hubieran creído que poseia un arma encantada á no haber principiado por hacer fuego con una de las suyas.

Mi protector se hallaba lleno de alegría; hubiérase dicho que le tocaba una gran parte de la gloria que acababa de adquirir, se aproximó otra vez, y poniéndome la mano sobre el hombro:

— ¿Sois cazador? me dijo.

— He nacido en medio de un bosque.

— ¿Habcis cazado gamos?

— Nunca.

— Bueno, si acaso venís á Glaris, acordaos de Próspero Lehman, y venid á pedirle que os haga matar uno.

— Entendámonos bien, si me lo prometeis cuento con ir por allí.

- Sereis muy bien recibido.
- No hay mas que hablar.
- Ahora, si quereis, dejadme tirar dos ó tres balas con vuestra carabina.
- ¡Cómo dos! diez si quereis. Aquí teneis cartuchos en abundancia, ya sabeis el modo de servirlos de ellos; me la devolvereis á la posada del *Cuerno de Caza*, en donde estoy alojado. Me voy para comer.

Al decir esto me despedí de los tiradores, petrificados de asombro de que se pudiesen inventar armas mejores que las de Berna y Lausana.

Al cabo de dos horas trajo mi carabina Lehman, que habia gastado hasta mi último cartucho, y acertado dos ó tres veces en el blanco, de modo que se hallaba extasiado ante el arma que me devolvía. Le enseñé mi escopeta de dos cañones, que era del mismo sistema, y acercándome á la ventana disparé á dos golondrinas que maté.

Esta última prueba trastornó enteramente los cascos del pobre cazador, y se concibe muy bien sabiendo que en Suiza no se conoce nuestra manera de cazar por los llanos, y que allí no se tira nunca mas que á punto fijo, y que aun en ciertas partes, como el Appenzell y la Turgovia apoyan el fusil sobre una horquilla para tirar al blanco. La caza al vuelo ó á la carrera les es absolutamente desconocida, y un parroquiano de las llanuras de San Dionisio les excitaria en este punto su admiracion.

Pasé la noche con mi nuevo amigo, cuyo idioma empezaba á comprender: me contó sus cacerías por los montes de que era rey, y me renovó la invitacion de hacerme tomar parte activa en una de ellas. Yo le habia dado mi palabra ya, y le repetí, que

aun cuando debiera desviarme de mi camino, no dejaria de ir á Glaris. El debia marchar al dia siguiente al Lenthal y yo á Lucerna; pero convenimos en que me despertaria á las cuatro de la mañana el dia siguiente, á fin de no separarnos sin haber consagrado nuestra amistad con un vaso de agua de cerezas.

Al dia siguiente, como habíamos convenido, me despertó Lehman, y cuando bajé al comedor hallé á todos nuestros tiradores de la víspera reunidos. Venian á despedirse de mí como de un hermano; la caza es una verdadera francmasoneria.

Me separé de aquellas buenas gentes, que sin duda no volveré á ver mas en mi vida, pero que aunque ignoran mi nombre estoy seguro que han conservado mi recuerdo, y me puse en camino. El camino no me ofreció nada notable hasta llegar á Aljonach, en donde me detuve un rato en la posada con el hombre mas jovial que he visto. En fin, me puse en camino para Lucerna, contando con tomar un barco en Hergiswel ó en Steinbach.

Al salir de Gitad, el camino no sirve para ruedas hasta Winkel. No me sorprendió poco el hallarme en una revuelta del camino con un caballero con su criado que habiéndose metido con su carruaje en un camino abominable, habian volcado y trataban de levantarlo. Me fui hácia ellos preguntándome en mi interior qué diablo de idea aquel hombre razonable habia tenido en tratar de andar por tales parajes, y confieso que no hallaba satisfactoria respuesta.

En cambio, en el que parecia amo reconocí al inglés que cuatro ó cinco dias antes habia visto bajar tan aprisa del Righi dejando el guía á mi dis-

posicion. Viendo que podia serle de alguna utilidad, preguntéle en mal inglés por qué casualidad le hallaba con un carruaje en aquel camino de herradura. El inglés, que era un jóven alto, seco y pálido, se puso muy encarnado, tartamudeó algunas palabras que me hicieron creer al pronto que era tartamudo, y despues, reprimiéndose poco á poco llegué á comprender en medio de las vacilaciones de su lengua, que le habian dicho que podia pasar con su carruaje.

— ¿Y quién os ha dicho eso?

— Los Suizos.

— Lo extraño, respondi yo, los habitantes de este país son poco dados á este género de chanzas. ¿Qué les habeis preguntado?

— Si podria pasar por encima de estos montes un carruaje, y les he señalado con el dedo aquel mas alto que está allá abajo en el fondo.

— Sí, el Brumg.

— No sé cómo se llama.

— ¿Y qué os han respondido?

— Se han echado á reir y me han contestado que sí.

— En qué lengua les habeis preguntado eso?

— En aleman.

— ¿Con que hablais el aleman?

— Un poco.

— ¿Y cómo habeis dicho? *Ascolta, Francesco, il signor inglese va parlare tedesco.*

— He dicho: *Kann ein Vogel über diesen Berg fahren.*

— ¿Qué es lo que significa la palabra *Vogel*? dije yo á Francesco.

— Significa pájaro.

— ¡Cómo! dijo el inglés.

— Y bien, ya me habia figurado esto, respondi yo: habeis tomado una palabra por otra: *Vogel* por *Wagen*, y habeis preguntado si un pájaro puede pasar por encima de esos montes.

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! exclamó el inglés.

— De modo que, los Suizos, que han creido que os burlábais de ellos, se han echado á reir y os han respondido que sí.

— Y bien, ¿qué hemos de hacer?

— Levantar vuestro carruaje y volver á tomar el camino de Lucerna.